

Prólogo a la edición facsimilar de *La Conquista del Estado* de 1974 J. Encuentra Morer

Al proceder a la edición en facsímil de *La Conquista del Estado*, el Círculo Doctrinal “José Antonio” de Barcelona desea hacer asequible información de primera mano a quienes sientan la curiosidad por conocer los orígenes teóricos del nacionalsindicalismo. Quien leyere ha de tener presente y no olvidar que *La Conquista del Estado* no ofrece un cuerpo de doctrina completo y coherente; *La Conquista del Estado* plasma un grupo juvenil sacudido por una España y un mundo en crisis y que buscó como salvación horizontes nuevos; es la voz de una juventud que rechaza el presente que le toca vivir, así como las ideas falsamente novedosas que le ofrecen los viejos políticos. Se trata de juventudes a la intemperie, que vivencian su peripecia y se debaten tras una solución original y propia. Nada extraño, pues, que en esta inquisitoria ávida, dramática y con ribetes de tragedia, puedan aparecer conceptos y actitudes contradictorios. Esto no es ningún contrasentido, es lo propio de todo quehacer juvenil; pero más allá de los contrastes y antinomias ya aparecerá la elaboración resuelta que será una aportación consciente y crítica de la ideología nueva. En este sentido *La Conquista del Estado* es emotiva mirilla caleidoscópica, visión directa y no tergiversada de esas inquietudes, actitudes, afanes y pesquisas.

Hay también que tener en cuenta la circunstancia histórica que rodeó a *La Conquista del Estado*: una España que apuraba los últimos días de una Monarquía secular que no acertó a superar sus tristes destinos; una Europa dirigida por populistas, católicos, cristianos, demócratas de toda laya y socialistas domesticados de la II Internacional, chupópteros todos de los más sabrosos consejos de administración capitalista, incapacitados e incapaces de llevar a cabo una revolución social y cuya gestión de gobierno ni tan siquiera pudo con el problema básico del paro obrero que, disparado, alcanzaría la más alta cota de la Historia a finales de 1932. ¡TREINTA MILLONES! ¡O LA SEXTA PARTE DE LOS TRABAJADORES DEL MUNDO, SEGÚN EL REGISTRO DE LA O.I.T.! Lloyd George, en esos peores días, sólo alimentaría esperanzas —decía— si Paul-Boncour, Jefe del Gobierno francés, fuese un Clemenceau; si Schneicher, Canciller alemán, fuera un Bismarck; y si Franklin Roosevelt un Teodoro Roosevelt, aquel presidente de los EE.UU. de América que para los países hispano-americanos preconizó y usó la *política del garrote*, y a quien Rubén Darío apostrofó en sus conocidos versos. Así estaba de nubarrones el cielo, sin más telón de fondo que el aullar de la revolución rusa, con toda su tragedia, y cuya troika conducía Stalin. Y como reacción al fracaso del socialismo, el capitalismo y con la pretensión de empalmar con lo genésico de sus pueblos y hacer justicia social asequible a los desheredados y a las masas, el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. En suma, aquella juventud fue mal agraciada con un orden en crisis, un aguafuerte de fracasos, vacíos y posibles esperanzas, y no rehusó el destino de buscar su propia fórmula. *La Conquista del Estado* fue la gráfica expresión de su empeño.

* * *

Ni qué decir tiene que el alma del periódico fue Ramiro Ledesma, su director. Ramiro era un espíritu inquieto y apasionado, pero templado por el rigor del razonamiento filosófico y matemático y esclavo de la probidad. A los 18 años escribió su novela, *El sello de la Muerte*, en que vuelca sus sentimientos y una actitud mental que con los años confirmará y pulirá. En este sentido hay en la novela una prefiguración de su persona e incluso de su destino. No es la literatura de ese Ramiro adolescente, fácil y blandengue, sino que ofrece retazos duros y ásperos que rezuman fuego, pasión y un inconformismo preocupado por el sentido de la vida, que lo intuye en realizaciones superiores. La lucha del Espíritu y el Cuerpo es su problemática. El servicio a lo difícil. Nietzsche tintinea en sus páginas y hace oír su voz Zaratustra: “amo al que quiere crear algo superior a él y sublime”. El protagonista aspira a la regeneración de la sociedad que le ha tocado vivir mediante una restauración de los valores del espíritu, asignándose tres objetivos: “1.º desalojar de la literatura el fondo pornográfico

que la asumía en decadencia. 2.º luchar denodadamente por el predominio del arte sobre todas las demás impresiones emotivas, y 3.º cuidar con los brotes de una vida sacrificada al ardor justiciero y las ansias de perfección”. Fracasó en el empeño y la frustración lleva al suicidio como ocurre con tanta literatura de influencias nietzschianas. “Pero (y esto es ventaja de Ledesma) —dice Giovanni Allegra—, su héroe no se suicida en nombre de abstracciones narcisista-estéticas y menos por el culto protonovecentesco del *beau geste*, sino por servir principios que bajo diversas y menos fantasiosas etiquetas, harán que su autor, diez años después, halle la muerte en un campo de Aravaca ante un pelotón bolchevique.”

Sus inquietudes azuzantes y sus ansias de rendir la verdad, desplazaron a Ramiro de la literatura y como de la mano lo llevaron al mundo de la filosofía y al cultivo de las matemáticas. Fue discípulo, admirador y seguidor de Ortega. Colaboró en la *Revista de Occidente*. Dio a luz artículos y ensayos filosóficos. Colaboró en la *Gaceta Literaria*, participó en el viaje de los intelectuales castellanos a Barcelona. En fin, tenía abiertas todas las puertas para su triunfo universitario. Pero algo muy grande tenía que bullir en sus adentros cuando un buen día, no obstante tan lisonjeras perspectivas, irrumpe en el mundo de la política y enarbola la bandera de *La Conquista del Estado*. Claro que esta actitud tiene sus antecedentes y notas salpicantes que la asimilan al súbito estallido de la pubertad. Y es que Ramiro, bajo la fría pátina de filósofo y metafísico, tenía un palpitar tremendamente humano y no podía permanecer impassible ante el drama de su pueblo.

* * *

Conviene advertir que el grupo de *La Conquista del Estado* nunca se consideró fascista ni se aplicó tal calificativo, lo cual no quiere decir que más tarde, incluso Ramiro, por concesión al vocabulario polémico del enemigo y con el natural escepticismo en cuanto a su exactitud, lo enmarcara con tal término. Ahora bien, Ramiro ciñe en la expresión las siguientes notas: *Idea nacional profunda. Oposición a las instituciones demoburguesas, al Estado liberal-palamentario. Desenmascaramiento de los verdaderos poderes feudales de la actual sociedad. Incompatibilidad con el marxismo. Economía nacional y economía del pueblo frente al gran capitalismo financiero y monopolista. Sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia.* Sin embargo, el marxismo y las izquierdas tergiversan el concepto, amalgaman un estereotipo mixtura de los reaccionarios, antisocial, retrógrado, despótico, etc. Y lo hacen rodar con sus poderosos medios de comunicación social. Hoy ocurre lo mismo con las elites católico-progresistas, las fuerzas burguesas y capitalistas, laicas al sacudirse su viejo peluquín religioso, y que jugando al izquierdismo atienden mejor a la defensa de sus intereses, y sin punta de escrúpulos. Un ejemplo destaca esas tácticas aviesas y confusionistas: *La Conquista del Estado* ataca, por considerarlo pura expresión reaccionaria, el régimen de Salazar en Portugal y ni a “grosso modo” se le hubiera ocurrido a Ramiro incluirlo en los fascismos ni presuntos ni reales; por el contrario, no hay duda que el actual experimento del Perú habría despertado sus entusiasmos (1). Tal como hoy se barajan los conceptos, esto no tendría sentido.

Destaquemos, además, que en las páginas de *La Conquista del Estado*, en ocasiones se glosan el fascismo y el nacionalsocialismo como también a la Rusia soviética. Reclamando incluso relaciones diplomáticas con ella, no obstante el anticomunismo crítico, no emocional ni interesado del grupo y con razones que hoy hacen tuyas los sabios de nuestros días. Por eso conviene saber de *verdad lo que de verdad* pretendieron esos movimientos. A tal fin no pueden olvidarse sus causas originarias ni los motivos que suscitaron, bajo sus banderas y consignas, el encelamiento de las masas: el paro obrero, el fracaso de los partidos políticos incapaces con los problemas sociales de su tiempo y que antes apuntábamos; el deterioro y demolición del concepto de patria a través de la política, la literatura y el concurso de amplios sectores de la prensa; la exaltación del libertinaje, de la pornografía y la corrosión programada de todos aquellos valores espirituales, sostén y configuración de la familia y de la sociedad, que dan sentido y exaltan la trascendencia del hombre, arcos clave de nuestra civilización. En Europa, por fallar todo, hasta fallaba aquella función primera que Julián

Besteiro —la mejor cabeza del socialismo español— atribuía a todo gobierno: “Mientras los gobiernos existan, sean éstos de la naturaleza que quiera, y como han reconocido con acierto desde Bentham hasta Marx, la función primera cuyo cumplimiento habrá de exigirles la opinión común, es la de garantizar la seguridad a los ciudadanos, la de mantener el orden o como se acostumbra a decir, poner a salvo el principio de autoridad y conservar en estado de eficaz funcionamiento el aparato coactivo del Estado.” Pues bien, frente a este proceso de corrosión crónica y naufragio, el fascismo procuró la exaltación de la Patria y de la personalidad colectiva del pueblo; gritaba la justicia social y el derecho a la educación y cultura de las masas —Mussolini sería el abanderado de la semana laboral de 40 horas en la O.I.T.—; el fascismo aportaba al mundo occidental un concepto del Estado contrario al que regía en las llamadas democracias. Éstas únicamente pretendían garantizar unas libertades asequibles, de hecho, sólo a las minorías acomodadas (burgueses y capitalistas), resultando teóricas por inasequibles para la inmensa mayoría, los desheredados. A que las masas tomaran conciencia de esta situación contribuyó el fascismo, creando así un clima apto para suscitar la conquista del Estado y convertirlo en un instrumento de justicia social y con ello alumbrar libertades efectivas. Se plantea una diferencia substancial en los quehaceres del Estado, una mutación de fines: de la defensa de fines particulares se pasa a la promoción de fines colectivos. El viejo Estado liberal, ñoño e impasible, hoy subleva la sensibilidad humana y religiosa; pero en aquellas décadas constituía un *noli me tangere* del que tan sólo se librarían Italia, Alemania y Rusia. Así, pues, el fascismo se revestía de valores universales que podían trascender a cualquier otra sociedad.

* * *

Julián Huxley, biólogo ilustre y primer Director General de la U.N.E.S.C.O., cuando la guerra 1939-45, publicó un libro titulado VIVIMOS UNA REVOLUCIÓN, obra más que interesante. Y dice: “el hecho más importante del mundo, no es que estamos ante una guerra, sino que estamos en una revolución”. Y añade más adelante: “Hay ciertas tendencias de la revolución que son inevitables. Dentro de las naciones, son tendencias hacia la subordinación de los motivos económicos a los no económicos; hacia una regulación y unas centralizaciones mayores; hacia una integración social y una unidad cultural más completa, y un propósito social más consciente.” Ahora bien, el propio Huxley reconoce que estas tendencias han sido más cultivadas por Alemania, Japón e Italia que por los países democráticos. “La completa subordinación de los motivos puramente económicos —dice en relación con Alemania— puede ser medida por las críticas dirigidas por los economistas ortodoxos contra los métodos adoptados por el Dr. Schacht. Después los países democráticos han tenido que hacer poco más o menos lo mismo.” Alemania y Japón han sido capaces de obtener sus espectaculares triunfos militares porque llevaban años estableciendo planes para la guerra y porque han realizado una revolución extrema de la economía y de sus estructuras sociales en interés de estos planes. Lo mismo es verdad respecto a Rusia: la eficacia militar y táctica que ha asombrado al mundo, es fruto de un plan deliberado y verdaderamente revolucionario. La menor eficacia militar de Italia tiene muchos motivos, pero es un hecho que la revolución fascista no fue tan completa ni tan entusiasta como la revolución nazi en Alemania o la revolución comunista en Rusia, y este hecho es indudablemente una de las causas del fracaso militar de Italia en la guerra.” “El método totalitario de realizar la revolución puede ser poco deseable, pero es indudablemente capaz de producir una estimable eficacia, como los enemigos de la Alemania nazi lo han descubierto a propia costa.” Y no es que el distinguido biólogo inglés, como es de suponer, tenga la más mínima simpatía por los fascismos, pero acaso su habitual trasiego con la Ciencia le ha condicionado a la pulcra observación de los hechos. El antídoto, Huxley lo cifra en que las democracias acometan de verdad la revolución que exigen nuestros tiempos, y en sus esquemas para el futuro de la democracia liberal al uso aparece muy mal parada. Para Huxley importa la victoria, que para tener alas, debe ser consolidada por la revolución. Lástima grande que hasta el presente las democracias vencedoras sólo han sabido alumbrar el neocapitalismo con sus empresas multinacionales y

monopolistas y la sociedad de producción y consumo con la absoluta primacía de los valores económicos. Del esto puede decirse lo que el personaje de Shakespeare: palabras, palabras, palabras.

Cierto que, además, el nacionalsocialismo explotó el dictado de Versalles, el racismo y la lucha contra los judíos para sus campañas y el fascismo hizo lo propio con la llamada “victoria mutilada” resultante del escamoteo del Pacto de Londres y que determinó la entrada en la primera guerra mundial de Italia. Por otra parte, al comienzo de las hostilidades, las masas italianas, reacias a la lucha, se las incitaba en nombre de una guerra revolucionaria y cuando la desmovilización se encontraron con el popular de los aprovechados, los “pescicani”. ¡Desencanto y frustración! ¿Cómo no iban a latir sus corazones ante las palabras rudas y duras de Mussolini?: “¡Camaradas: yo os he defendido cuando los cobardes filisteos os difamaban! ¡El centelleo de vuestros puñales y el estallido de vuestras bombas harán justicia a todos los miserables que quieran impedir el desarrollo de la Gran Italia! ¡Italia es vuestra...! ¡Vuestra! Los *arditi* alzan sus puñales que hundirán alrededor de las banderas que han extendido sobre la mesa y gritan: ¡Viva Italia!” Pero eso son los conflictos y problemas caseros propios de esos pueblos, los revulsivos particulares y circunstanciales que coadyuvaron al éxito localista del fenómeno fascista.

Quede claro que este suceso socio-político, esa realidad histórica que fue el fascismo, nada tiene que ver con los conceptos que hoy se sirven a diestro y siniestro. Por eso el fenómeno fascista pudo merecer la atención del grupo editor de *La Conquista del Estado*; sin embargo —repetimos—, nunca se tuvieron ni consideraron fascistas.

* * *

En el primer número de *La Conquista del Estado* aparece el *Manifiesto Político*. Emiliano Aguado, con todo acierto, le descubre “el encanto de un balbuceo y toda la gravedad de una promesa histórica”. Es la expresión centelleante de un puñado de jóvenes seducidos por “una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales de su país”, y convencidos de “representar la voz de estos tiempos”. Nada más lejos de sí aquella España que se mordía la cola con el dilema de monarquía o república, mercado de viejos politicastos que ofrecían a la juventud sus vetustas y averiadas ideas. No se percataban que el mundo se hallaba sumido en una transformación histórica, que el liberalismo político y económico había creado su propia tumba, que la primera guerra mundial había estimulado el proceso y que el asalto al Palacio de Invierno no sólo era anécdota trágica sino una explosión visible del fenómeno. Estos procesos se alumbran edades históricas no son partos súbitos, abarcan generaciones. Sólo vigías sensibilizados los registran, mientras los espíritus romos se quedan tan panchos aunque trepite la tierra bajo sus pies. Ramiro y un haz de jóvenes vivenciaban esas premoniciones y por eso sentíanse portavoces de los nuevos tiempos y con sobrados alientos para cargar con la responsabilidad de la Historia de España. Pero en aquella España de vociferantes vejesterios y juventudes seducidas y engañadas no había lugar para ninguna verdad nueva. *Vox clamantis in deserto*. El mismo Unamuno, ánima inquieta, de angustiada intrahistoria, que se había recreado antaño con desvelos socialistas y piruetas anarquizantes y salpicó su literatura de ensueños que invitaban a meditar empresas grandes, reaccionó, al requerimiento, con abruptos trasnochados y muy siglo XIX.

Hay que advertir que el nacionalismo que irradia el *Manifiesto* nada tiene que ver con los nacionalismos de vía estrecha o de rapiña que menudean por esos mundos de Dios. Ramiro, como intelectual, lamenta de “ser España el único gran pueblo que aún no había esgrimido el cetro de la filosofía”, y tal ambición, en lo político, se expresaba por deseos de grandeza nacional resultante del esfuerzo colectivo y del servicio a normas que devolvieran al hombre la dignidad y justicia que el mundo capitalista le tiene usurpadas. Más tarde, José Antonio, en la revista “JONS”, con su magistral ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO, daría los últimos retoques a tan debatido concepto.

El *Manifiesto* no pretende ni mucho menos ser una panacea al viejo estilo de problemas inmediatos, sino un banderín de enganche para una empresa revolucionaria. Y no obstante el tiempo transcurrido su crucería resulta en gran parte atrayente y vigente, bien que

algunos conceptos adquieran mejor expresión en las JONS y más tarde en Falange Española de las JONS donde no sólo se plantea, por ejemplo, la estructuración sindical de la economía sino también la estructuración sindical del Estado, es decir el Estado Sindical. Pero las ideas madres ahí están: afirmación nacional, justicia social revolucionaria, sentido de la autoridad, reforma agraria, economía sindical, exaltación de la Universidad, cultura y educación de las masas, etc., etc.

* * *

La Conquista del Estado pone a la democracia liberal de chupa dómine. ¡Nada de asustarse! ¿No decía Rousseau que sólo la concebía perfecta en un pueblo de dioses? ¿No será impostura adjudicar lo divino al humano? Podrá decirse, y es cierto, que no sólo de pan vive el hombre, pero también es cierto que sin pan no vive el hombre. Por eso la controversia y su crítica no es extraña y viene de antiguo, nació al mismo tiempo que sus doctrinas. Pero sí conviene subrayar que Marx, Engels y Lenin la pusieron al rojo vivo, mucho más que cualquier fascismo. Muestrario de su floresta de piropos: *Donde hay libertad no hay Estado. La democracia sólo se supera con las ametralladoras. La democracia pura no es sino una hipocresía liberal destinada a engañar al proletariado* (Lenin). Pero el hecho fundamental es este: la revolución industrial con sus injusticias desató, y la sociedad industrial desata, huracanes de porfía: el hombre de carne y huesos que palpita las agonías de un vivir precario hace trizas al “ciudadano”, ese santo laico pura entelequia; la caridad y la nobleza obliga, degradada a virtudes farisaicas y filantrópicas, son rechazadas en nombre de la justicia debida; la superestructura política, el Estado demoliberal, que se apoya sobre el consenso de la ciudadanía y los tópicos de la soberanía nacional hace aguas y no asoma quien pueda remediarlo; el hombre zarandeado y atropellado con tantas malandanzas, reducido a patulea, busca su fuerza, defensa y expresión en asociaciones colectivas a las que entrega el alma: sindicatos, partidos políticos de masas con ideologías imperativas, grupos de presión, etc., todo lo cual si bien limita libertades individuales inexistentes por otra parte en casa de los necesitados, obliga a una disciplina. Las masas, ayer y hoy, no se mueven por las ideas de Montesquieu, Rousseau o Tocqueville, ni por la política de un hombre un voto sino que son sacudidas por asambleas y convenciones en que las decisiones se toman sin urnas. ¡Y más las juventudes! ¿Conoce alguien un joven demócrata con ángel? ¿Hay quien sepa de tal elefante blanco?

Cuando Ángel Pestaña y los treintistas formularon el programa del Partido Sindicalista en sus consideraciones preliminares escribieron: “El fracaso de la economía y de la política en la democracia burguesa es un hecho tan evidente que no puede negarse ya.” Al hablar de política proponen: “Lo que hoy se llama Cámara Legislativa o Parlamento Nacional se transformará en Cámara de Trabajo a la que sólo tendrán acceso delegados de los sindicatos, de las cooperativas, de las corporaciones profesionales y de los municipios”. Es decir, Ángel Pestaña, el líder sindicalista, en plena República del 14 de Abril, al buscar soluciones políticas y sociales viables no incide en la democracia inorgánica. ¿Por qué? Ocurre que la democracia liberal ha muerto, la que nace con la irrupción de los partidos de masas en la vida pública es el fracaso de cada día, y la marxista pura dictadura. Nada sorprendente, pues, que no ya sólo en el seno de movimientos obreros sino incluso en las mismas filas de la democracia se levanten voces para cambiar sus contenidos y sus fórmulas de expresión. Es el caso de nuestro compatriota Salvador de Madariaga.

Por eso aunque la juventud de *La Conquista del Estado* lance denuestos y culebras contra el liberalismo y su democracia, cada grito, cada imprecación y cada anatema tienen su rigor conceptual. El mundo futuro, protagonizado hoy por el mundo del trabajo y sus juventudes, en este sentido ha cruzado el Rubicón y lanzado su “*alea jacta est*”.

* * *

Se ofrecen en *La Conquista del Estado* estudios objetivos sobre la Rusia de los soviets y su curiosidad sobre el fenómeno comunista es grandiosa. Sin embargo, su anticomunismo

es notorio. “Es un imperativo de nuestra época la superación radical, teórica y práctica del marxismo”, se lee en el *Manifiesto político*. Pero no es un anticomunismo canijo el que se destila en el periódico sino de conceptos, acusando su insuficiencia doctrinal y emplazándole en el plano de la rivalidad revolucionaria: “Nosotros oponemos a la economía comunista acusación de ineficacia. En cuanto trata de elevar los niveles de producción se refugia en un capitalismo de Estado y deriva a las normas industriales corrientes. No vemos la necesidad de romper todas las amarras para volver luego la cabeza e ingresar en la sistemática capitalista”, escribe Ramiro. Pero el despegue del capitalismo es tan absoluto que responsabilizado por la dirección del periódico se estampa: “Si no creyéramos con firmeza que triunfa hoy en Occidente —y particularmente en España— el espíritu nacional y social que proponemos, nosotros desertaríamos. A los gritos huecos y a las majaderías solapadas de la mediocridad liberaloide preferimos el sacrificio heroico del comunista, que por lo menos se encara con el presente y trata de realizar su vida del mejor modo que puede.” En el fondo, en el comunismo, existe un problema de estrechez y raquitismo que hacía exclamar a Unamuno, “es una escuela económica elevada a partido político o al revés”. Unamuno había escapado de la jaula marxista por falta de oxígeno, por su carencia de valores espirituales, y también esta ideología resultaba asfixiante a la muchachada de *La Conquista del Estado*.

* * *

En las páginas de *La Conquista del Estado* discurren los acontecimientos de días en que cada amanecer traía a los españoles su sorpresa, teniéndoles en vilo: la subversión estudiantil, los enfrentamientos de la policía con los estudiantes de la Facultad de Medicina de San Carlos, la proclamación de la República y el Estado Catalán, la quema de los conventos, la huelga de la Telefónica suscitada por la CNT, etc. En este ambiente el grupo *La Conquista del Estado* mantenía enhiesta su bandera revolucionaria y nacional contra todos y contra todos. ¿Monarquía? ¿República? No, no es este problema. Hacer batir a los jóvenes por formulismos sin substancia, hacer que saquen las castañas del fuego a senectos que en sus años mozos y maduros se avinieron a toda componenda, brillaron por su falta de virilidad y pregonaron su retorno con la misma música de antaño, entraña vileza y traición. *La Conquista del Estado* denunció la desfachatez, alertó ante el engaño, se mantuvo crispada en sus treces y siempre supo cantar las verdades al lucero del alba.

“El periódico —escribía más tarde Ramiro— reflejó su profunda significación nacional y patriótica en una tenacísima y violenta campaña contra los separatistas catalanes. Y mostró asimismo sus afanes revolucionarios, su tendencia a una revolución social económica, vinculándose en muchos aspectos a la actitud de la CNT y exaltando las actividades revolucionarias del comandante Ramón Franco.” En aquellos días las fuerzas obreras andaban a la greña y al Partido Socialista se le retaría su colaboración con la dictadura del general Primo de Rivera. La CNT, además libre de consignas y sumisiones foráneas, se manifestaba subversiva ante el gobierno de la segunda República cuyas ambiciones no trascendían al marco del demoliberalismo burgués. *La Conquista del Estado* le exigía una actitud revolucionaria, bastante más de lo que prometían los hombres del 14 de Abril. Pero esto era pedir peras al olmo. Así las cosas el periódico no dudó, llevado de ciertas afinidades, en hacer flanco a la CNT en sus intentos de acabar con el orden burgués y lanzar a España por nuevos derroteros. En sus páginas se daba audiencia solemne al congreso extraordinario que tuvo lugar en Madrid de dicha organización obrera, vendiéndose en le mismo con éxito el periódico y asistiendo sus redactores a las sesiones. Vino luego la huelga de la Telefónica, operación revolucionaria de la Confederación para intentar derrocar al Gobierno. *La Conquista del Estado* vio en ello además ocasión magnífica para una ofensiva contra el capitalismo yanqui asentado en dicha Compañía, y sus páginas tremolaron con las peripecias de la huelga y echaron en la misma su cuarto de espadas.

Estas actuaciones paralelas del grupo de *La Conquista del Estado* se debían a su ingrediente auténticamente revolucionario y antimarxista a la vez y al hecho de descubrir en el sindicalismo el nervio político-social de la España futura. Recrearse en la problemática del

sindicalismo fue actitud favorita y básico tanto dentro del periódico, como después en las JONS y más adelante en Falange Española de las JONS. Frutos de esta preocupación son la evolución del concepto de Estado que salta en el *Manifiesto político* hacia su fórmula definitiva, el Estado Sindical. José Antonio vertebraría el sindicalismo sin soluciones consistentes de la CNT, lo plasmaría en esquemas viables y de tal manera que si un día el sindicalismo de gestión es la fórmula revolucionaria de España, guste o no guste, con su nombre o sin él, sus aportaciones no podrán ser echadas en saco roto.

La Conquista del Estado pereció por considerarla peligrosa el Gobierno de la República. Pero cumplió un objetivo: alumbró las consignas de las futuras JONS, consignas que más tarde incorporó Falange Española y de las JONS. Esta proyección revolucionaria ha sido luego abortada. La historia la conocemos todos. Y el drama también. Pero las ideas y los propósitos continúan en pie y cualquier día pueden volver a encelar a los españoles; ahí quedan como los gallardetes de una España futura, renacida, para cuando el pueblo, hastiado de la política de los enanos, se decida a remontar el vuelo de las águilas.

De cuanto antecede se destaca una verdad: en la tarea de forjar los parámetros de una revolución en que el espíritu nacional y los ideales de justicia social se estrechen en abrazo perdurable al margen de cualquier alineación que menoscabe la dignidad del hombre, Ramiro Ledesma Ramos y sus colaboradores –José Antonio se lo reconocía- destacan como los auténticos gallos de Marzo.

Nota de “N.R.”:

(1) El autor se refiere a los importantes avances sociales experimentados en aquel país bajo el mandato del general Juan Velasco Alvarado, que ejerció la presidencia de la República desde octubre de 1968 hasta agosto de 1975.

[Este prólogo, que en el original carece de título, antecede a la edición facsimilar completa de los 23 números de *La Conquista del Estado*, editada por el Círculo Doctrinal “José Antonio” de Barcelona en 1974, e impresa en Talleres Gráficos Soler (Esplugas). El Sr. Encuentra Morer era, por aquel entonces, Secretario General de la citada asociación en la Ciudad condal]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 7